

ORACION FUNEBRE
DE LA REINA NUESTRA SEÑORA
D^{ÑA} MARIA ISABEL FRANCISCA
DE BRAGANZA,
QUE EN LAS SOLEMNES EXEQUIAS
HECHAS POR LA REAL SOCIEDAD
DE LABRADORES DE ANTEQUERA
EN LA IGLESIA PARROQUIAL DE Sr. S. PEDRO
EL DIA 13 DE FEBRERO DE 1819,
PRONUNCIO

*El Sr. Dr. D. José María de Miera Pacheco, digni-
dad de Prepósito de la Santa Iglesia Insigne Real
Col g'ial de dicha ciudad, Inquisidor
honorario de Granada &c.*

Dada á luz por la citada Real Sociedad.

ANTEQUERA.
POR LOS HIJOS DE D. ANTONIO DE GALVEZ.

THE

LIBRARY

OF THE

UNIVERSITY OF

CHICAGO

HECHAS POR LA RELIQUIA

DE LA DORIS DE ANTIQUA

EN LA CASA PRINCIPAL DE LA

DE LA DE LA PRINCIPAL DE LA

DE LA

DE LA DE LA PRINCIPAL DE LA

DE LA DE LA PRINCIPAL DE LA

DE LA DE LA PRINCIPAL DE LA

DE LA DE LA PRINCIPAL DE LA

DE LA DE LA PRINCIPAL DE LA

DE LA

DE LA DE LA PRINCIPAL DE LA

DESCRIPCION

DE LAS REALES EXEQUIAS CELEBRADAS EN LA
IGLESIA PARROQUIAL DE Sr. S. PEDRO
DE ESTA CIUDAD.

La Real Sociedad de Agricultura de la ciudad de Antequera oyó sorprendida el eco de muerte que difundió por la península la pérdida prematura de nuestra amada Reina. Los impulsos de su dolor no pudieron circunscribirse á solo derramar lágrimas estériles: tampoco quedaron satisfechos con dirigir al cielo sus plegarias en las Reales honras que celebraba el M. Iltre. Ayuntamiento representando á todo este Público; quiso, sí, dar un particular testimonio del sentimiento que la ocupaba, é impetrar especialmente las misericordias del Dios de bondad por el alma de la augusta Sra. Dña. María Isabel Francisca de Braganza (Q. E. P. D.)

A este efecto acordó hacer unas solemnes exequias en la parroquial de Sr. S. Pedro, con toda la magnificencia que permitiesen los recursos del pais y la premura del tiempo.

En consecuencia dispuso se construyese un elegante catafalco, (*) cuyas partes todas figuraban ser de jaspes y mármoles de este reino de Granada. Su estructura con-

(*) Diseñado y dirigido por el profesor de matemáticas D. Francisco de Paula Maestre.

(II.)

sistía en un primer cuerpo ó gran pedestal de planta rectangular de once pies de largo, siete de ancho y ocho de alto, imitando jaspe blanco melado de tanjaron. En el centro de cada una de sus faces contenía una lápida de mármol blanco de macael, en las cuales se leían las siguientes inscripciones. (*)

En la del frente principal.

AL ARBITRO SUPREMO DE LA VIDA.
LA REAL SOCIEDAD AGRONOMA DE LA CIUDAD
DE ANTEQUERA
ELEVA SUS PRECES PIADOSAS Y PERVEROSOS VOTOS
POR SU DIFUNTA REINA
DOÑA MARIA ISABEL DE BRAGANZA,
ERIGIENDO A SU EXCELSA MEMORIA
ESTE FUNEBRE MONUMENTO
PARA DESEMPEÑO
DE SU AMOR, DE SU FIDELIDAD, DE SU QUEBRANTO.

En la del frente lateral de la derecha.

Fijó su trono la homicida Parca
En el recinto del solar hispano,
Cuando el pérfido Galo osó inhumano
Henchir de su poder esta comarca.
El compasivo Cielo al fin demarca
Un valladar á su furor insano,

(*) Compuestas por D. Juan de Galvez y Palacios.

(III.)

Siendo el día de paz la augusta mano
Que hizo feliz á nuestro gran Monarca.

Mas ¡ay! sacude al ver su vencimiento
Atropos la guadaña inexorable,

Y con ronquido atroz grita: ¡venganza!

Y su venganza en este monumento

Nuestro dolor publica inconsolable

Por *Isabel Francisca de Braganza.*

En el de la izquierda.

He aquí, mortal, la roca do se estrella

La grandeza, el poder y la hermosura;

He aquí el recto nivel con que natura

La final igualdad del hombre sella.

Yo que del solio con feliz estrella

Volé á la cumbre en próspera ventura,

No bien mi planta en ella se asegura

Cuando á la tumba re-bió su huella.

O tú, á quien este lúgubre aparato

Tal vez espante, pues su aspecto aterra,

¿Quieres saber qué guarda en su morada?

¿De quién es este pálido retrato?

Escucha.... ¡oh desengaño!.... aquí se encierra

Una corona, un cetro vuelto en nada.

La cornisa de dicho primer cuerpo era de jaspe negro de sierra Elvira. Sobre él se elevaba otro del indicado de lanjaron, que servía inmediatamente de base al sarcófago, y tenía siete pies de largo, cuatro de ancho y

(IV.)

tres de alto. Ocupaba el centro de su cara principal el escudo de las armas reales, y á sus lados estas inscripciones:

SPOLIAVIT ME GLORIA MEA
ET ABSTULIT
CORONAM DE CAPITULO MEO.

Job cap. XIX, v. IX.

SUBITO MORIENTUR, ET IN MEDIA
NOCTE
TURBABUNTUR POPULI.

Job cap. XXXIV, v. XX.

En las caras de los costados se leían estas ()*

Regali pompâ, quâ me Deus unduit olim,
Judicio lacrymâ nunc spoliata suo.
Quæ fuerant geminis ab eo redimîta coronis,
Palescunt flaccis tēpora nostra genus.

Pastorum ac regum hand' aliter mors lūmina tangit.
¡Quam subito Elisabet sustulit atra dies!
Nox erat, planctu vastam resonante per aulam,
Turbine ceu rapido terra stupetque, taemît.

Sobre los ángulos del frente de dicho gran pedestal

(*) *Composicion del M. R. P. Fr. Juan Capitan.*

(V.)

había dos candelabros de bella figura, en los cuales ardían otras tantas flámulas.

Sobre la urna ó sarcófago de jaspe blanco de Loja estaba un rico almohadon, y encima el cetro y la corona real; sobresaliendo por detras hasta la elevacion de veinte y seis pies la pirámide ú obelisco de jaspe negro de la sierra Elvira.

El todo era seneillo, bello y magestuoso por sus proporciones y ornato, y por el esmalte de los diferentes mármoles. Cubríalo una gran cúpula sostenida por cuatro columnas corintias de veinte y cuatro pies de altura, la que remataba en una Cruz.

Para que resaltara mas este aparato, y darle un aspecto mas lúgubre, se cubrió todo el fondo de bayetas negras, cuya sombría perspectiva hacía un efecto muy análogo al motivo de tan triste decoracion.

Preparado así el templo, y previo el convite de las Autoridades eclesiásticas, civiles y militares, y de las personas condecoradas y distinguidas de todos estados, la tarde del 12 de febrero anunció un doble general de campanas la luctuosa funcion dispuesta para el siguiente dia. A las diez de su mañana se constituyó la Rl. Sociedad en los asientos que le estaban preparados, colocándose en corporacion y presidiéndola su Director el Sr. Conde del Castillejo, y su junta de gobierno, compuesta del Excmo. Sr. Conde de Cartaojal, Teniente General de los Rls. egércitos, y de los Srs. Conde de la Camorra, Conde del Colchado, D. Diego Ortiz Lasarte, D. José Antonio de Aguilar y D. Salvador Gonzalez. Un lueido concurso la acompañó, entre el cual se distinguian el Excmo. Sr.

Marques de Campoverde, Teniente General de los Rlos. ejércitos, residente entónces en esta ciudad, y los Srs. Corregidor y Alcalde mayor de ella. Aun antes de principiar el acto, ya fué tan numerosa la concurrencia, que, á pesar de la grande capacidad del edificio, no pudieron contenerse en su pavimento las muchas personas que se volvieron sin poder penetrar.

Cuando todo estuvo dispuesto, y aquella gran asistencia en una payrosa espectacion, la Capilla de música de la santa iglesia Colegial entonó una solemne vigilia, cuya música, compuesta (*) al intento como la de la misa, correspondió perfectamente á su lamentable objeto. Su estilo patético causó una poderosa mocion de melancolía en todos los corazones, si bien preparados ya por el quebranto que los poseía.

Concluida que fué, celebró el incruento sacrificio de espacion el Sr. Capellan de la misma Rl. Sociedad D. Mateo de Vilches y Sanchez, y despues el Sr. Dr. D. José María de Miera Pacheco, dignidad de Prepósito de la Santa Iglesia Insigne Real Colegial de dicha Ciudad, Inquisidor honorario de Granada &c., con toda la belleza de sus accidentés oratorios declamó el elocuente elogio fúnebre que se sigue.

(*) Per D. José de Campos, Racionero y Maestro de Capilla de la Colegial de esta ciudad.



Date ei de fructu manum suarum, et laudent eam in portis opera ejus.

Coronadla con los frutos de sus manos, y alábenla sus obras en medio del pueblo. Prov. cap. 31 v. 31.

Es este, señores, el término de nuestro deseo? es este el fruto de nuestras lisonjeras esperanzas? ¡Un túmulo! que horror! Muerte, cruel, desapiadada muerte, colmaste tu medida ya. Tanta sangre española derramada, y bañando tu trono de ébano; tanta vida inocente de niños sacrificada con la de los ancianos ante tus aras; cien mil y mas víctimas, que en menos de tres años han alimentado el fuego de tu inextinguible pira; nuestros padres, nuestros hermanos, nuestros deudos, nuestros amigos, nuestros heroicos defensores hollados por tu carro lóbrego; la orfandad y la desolacion, el dolor y el llanto, el desamparo y la miseria á que nos condenaste; un trono usurpado por tus ministros; un cetro de hierro en manos de un vil usurpador; un Rey cautivo; un Monarca español á merced de un aventurero irreligioso; un Fernando.... ¿Nada, oh muerte, ha podido saciar tu hidrópica sed? Espectro horrendo, implacable, diste el último golpe á nuestro cuerpo desangrado. ¡Ay! ya no existe aquella hermosa niña que hacía las delicias de Lusitania, y el embeleso de su corte brilladora. Ya no existe aquella jóven, hi-

ja de las gracias, á quien vió el Janeiro con vanidad, y el Brasil como su adorno mas magnífico. Ya no existe aquella Reina, que pocos dias ha recibieron los españoles con entusiasmo, y á cuya vista se exalaban en elogios, vivas y aclamaciones. Ya no existe la amable esposa de Fernando séptimo. Murió María Isabel Francisca de Braganza y Borbon.

Si, señores, María Isabel desapareció del mundo en la primavera de su edad, cual viña elada en cierne, y oliva perdida y dissipada en su flor temprana. (1) La primogénita muerte devora ya la hermesura de su cutis, y consume su bellos brazos. (2) Ya no volverán á mirarla los que la miraron, ni el trono español se verá otra vez ocupado por ella. (3) Huyó de nuestros ojos como un sueño, como una vision de la noche. (4)

Corona, diadema, cetro, soberanía, ¿qué sois pues? ¡He! Huid, huid de mi vista. Qué sois, cuando no preservais de la muerte? qué sois cuando no podeis embotar ni detener su venenoso dardo? qué sois, cuando le habeis dejado traspasar el pecho de la heredera augusta de tantos soberanos, de la sucesora de las Sanchas y de las Isabeles, de la hija predilecta de los fidelísimos reyes Juan y Carlota, de la agraciada esposa del Monarca poderoso de dos mundos?

¡Oh providencia inescrutable de mi Dios, cuan desconocidos son tus caminos al hombre! (5) Sin la menor

(1) *Job. cap. 15, v. 33.* — (2) *Job. cap. 18, v. 13.* — (3) *Job. cap. 20, v. 9.* — (4) *Job. cap. 20, v. 8.* — (5) *Ep. ad Roman. cap. 11, v. 33.*

(3)

señal precursora de la tempestad, con un horizonte despejado, y un cielo sereno; en medio de la mas profunda y bonancible calma cae el rayo, y el árbol frondoso, y lozano de la hermosura queda reducido á cenizas! ¡Cae el rayo, y la nave magestuosa que domina los mares y burla el embate y furor de sus olas, se hiende, naufraga, y va á fondo dentro del puerto mismo! ¡Cae el rayo, hiere, y una esposa sensible, jóven y bella espira en los brazos de su amado y amante esposo!

¿Quién me lo diría á mí, ó querida y malhadada Reina! quién me diría que había de ser yo tu orador fúnebre, y que en lugar de las flores que preparaba á tu trono real, debía colocar sobre un túmulo enlutado el mustio y lóbrego ciprés? Ay de mí! *Versa est in luctum cithara mea, ex organum meum in vocem flentium.* (1) Mi cítara se ha convertido en llanto, y mi órgano en una voz melancólica y plañidora! Avara y amarga muerte, todo lo has trastornado de un golpe. Durmió su sueño nuestra desfortunada Nacion: (2) despertó para su mal, y tú, bárbara, te complaces al mirarla, de sus infortunios: ríes con nuestra desgracia, y sobre el cetro y corona puestos en este sitio lúgubre, enarbolas tu negro estandarte, y marcas la señal de tu poder ilimitado. María Isabel es uno de tus despojos, y con tu planta amarillenta y seca huellas su lozanía, su brillo, su hermosura, sus gracias, sus virtudes

Sus virtudes? He! no. Mi dolor, señores, ha tropezado, y mi voz ha sido el eco pasivo de la sensibilidad.

(1) *Job. cap. 30, v. 31.* — (2) *Ps. 75, v. 6.*

Yo debo retractarme. Las virtudes no están sujetas al imperio de la muerte. Isabel solo ha podido dejar en sus denegridas manos el polvo de que fue formada, y una materia deleznable por su naturaleza, y corruptible. Una hoja sutil arrebatada por el viento, y una estopa seca que el fuego enciende al acercarse á ella. (1) La ceniza se unió á la ceniza, y la tierra se juntó con la tierra. (2) Este es el único tributo que la muerte cobró de la hermosa Isabel. *Donde está pues, muerte, tu triunfo? Donde está tu victoria* decantada? (3) El árbol frondoso de sus virtudes no sufre el hierro de tu segur. Sus raíces penetran hasta la eternidad, y sus robustas ramas cubren la estension de los siglos. Tú no puedes acercarte á sus frutos, ni despojarle de una sola hoja. ¿Donde está tu triunfo? Orgullosa muerte, sí, óyelo para tu confusion y desesperacion: Isabel de Braganza vive: Isabel fija su planta victoriosa sobre tí. (4) ¡O Religion! yo conozco, yo bendigo mil veces tu voz consoladora. Ella sola puede suspender y sanar el dolor acerbo de nuestra llaga. Sigue: nosotros te escucharemos, y nuestras lágrimas cesarán tal vez. El justo, dices tú, vivirá en memoria eterna. (5) Su alma está en manos de Dios, y no le tocará el tormento de la muerte. (6) Poseerá una duracion sin límites y abundará en gloria su ministerio. (7) Parecerá á los ojos del necio que muere, y que su fin es un mal; mas vive siem-

(1) *Job. cap. 13, v. 25.* — (2) *Eclesiastés, cap. 3, v. 20.*

(3) *Ep. 1. ad cor. cap. 15, v. 55.* — (4) *Ep. ad cor. cap.*

15, v. 54. — (5) *Sap. cap. 5, v. 16.* — (6) *Sap. cap. 3, v. 1.*

(7) *Sap. cap. 3 v. 8.*

(3.)
pre en una paz inalterable. (1) Tú lo dices así, ó religion santa, y así formas el panegírico de los amigos de Dios.

¿Debe comprenderse en este número la esposa de Fernando séptimo? El problema se va á resolver. Nuestro llanto deberá ser eterno, si la balanza de la divina Astréa no se inclina en favor suyo. Yo cedería mis veces en esta desgraciada hipótesis á la lisongera y profana elocuencia, y el elogio de Isabel, confundido con el de las Elenas, Atalantas y Antiopas no resonaría en la cátedra de la verdad. La vanidad formaría el panegírico de la vanidad en tónos, y la lisonja congratularía á la lisonja. No así por fortuna, señores. La cuestion se termina por los principios mismos del evangelio. Adulacion, impostura, fuera de aquí: la verdad santa habla. He aquí la regla que nos da para graduar: *Date ei de fructu manum suarum, et laudent eam in portis opera ejus.* (2) Conforme á este principio, yo voy á presentaros á Isabel. No exijo gracia. Juzguémosla segun sus méritos: *date ei de fructu manum suarum*: alabémosla en razon de sus obras; *et laudent eam in portis opera ejus*. Elogio de María Isabel de Braganza fundado en sus heroicas virtudes: elogio de María Isabel de Bragarza perfeccionado en su acendrada religion; ved aquí señores, los dos puntos de vista, vajo los cuales va á ser mirada y examinada nuestra difunta Soberana. Yo principio por sus virtudes.

(1) Sap. cap. 3, v. 2. et 3. — (2) Prov. cap. 31, v. 31.

PRIMERA PARTE.

Elogio de María Isabel de Braganza, fundado en sus virtudes heroicas. ¡Qué funesto prospecto para la soberbia mundana! ¡qué rayo desolador para la fatua hinchazon de los mortales! Al pronunciar, señores, estas voces, elogio de la virtud, me parece veo desplomarse el gran coloso de la vanidad de los hijos del siglo, y que queda sepultado en el caos de la oscuridad y de las tinieblas. El humo pestilente, con que tantas veces han sido incensadas sus aras sacrílegas, vuela de aquí; su magia y prestigios huyen del lugar de la verdad. ¿Qué son en efecto estos seres quiméricos, que así han fascinado nuestros ojos? Grandeza, soberanía, poder, hermosura, gracias, adornos, geroglíficos, todo es nada, pues nada vale para formar el elogio en el día de la muerte. Esta verdad tantas veces anunciada en el lugar de ella, como oída por desgracia sin fruto alguno, toma hoy, mas que nunca, un nuevo grado de vigor, y una fuerza que confunde y aterra la hinchazon ridícula de los mundanos. ¡Qué confusion en efecto, y qué envilecimiento para esta!

Que ¿María Isabel, el depósito de todas las gracias naturales y adquiridas; hermosa, ingeniosa, sabia, viva, penetrante, circumspecta: María Isabel, nacida en la cuna de la magestad, y educada junto al solio de la suntuosidad y del fausto: María Isabel, puesta sobre el trono de las Españas, y en el lugar excelso, que mas de cien testas coronadas tuvieron: María Isabel, soberana de un rei-

(7.)

no, al parecer, sin límites, y en el cual como que tiene el Sol su oriente y su ocaso: María Isabel, esposa augusta de Fernando séptimo, idolatrada de su esposo, admirada de una corte magnánima, de una nación apreciadora hasta el entusiasmo de sus monarcas: María Isabel, aquella Reina poderosa, de cuyos labios recibían la ley tantas provincias, reinos, imperios, tribus, lenguas y naciones: María Isabel, en la flor brillante de su juventud, con los atractivos todos de la naturaleza, las gracias del amor, y los hechizos de la sensibilidad: María Isabel, nada merece sin embargo á tales prerrogativas, y ninguna de ellas puede formar su elogio en este día? No, señores, no puede. Unido el polvo al polvo, (1) su hermosura es vana, sus gracias naturales vanas, su poder vano, su grandeza vana, y hasta su cetro y su diadema no son otra cosa que afliccion de espíritu y vanidad de vanidades. (2) Mil y mil oradores egercitarán el arte en su loor, y en alabanza suya. Portugal, el Brasil, las Américas, los lugares todos de nuestra Península oirán su elogio. Se apurará, y se afinará la elocuencia sagrada en esta ocasion; mas la virtud será la única que los ministros de la verdad podrán elegir como materia de sus elogios fúnebres. Nada será Isabel si no la tuvo, y quien en tal hipótesis se atreviese á insultar el evangelio y profanarle, se cubriría de oprobio y de ignominia á los ojos mismos de los mundanos.

¡O virtud! don sacrosanto de los cielos, tú sola puedes recibir nuestros incienso, y nuestras adoraciones: tú sola puedes hacer el panegírico de María Isabel de Bragan-

(1) *Ecclésiastés* cap. 3, v. 20. (2) *Ecclésiastés* cap. 1, v 14.

(3.)

za: tú sola puedes anunciar lo que és, pues es obra tuya cuanto la recomienda, y la distingue.

Una moral tan dura á la carne, como deprimente de sus sueños gheriría, señores, el amor propio de María Isabel, si la oyese ahora, ó la graduaría de arrogante y peregrina al escucharla desde su elevacion? ¡Hal-
no. Es cabalmente la misma que había mamado en su niñez nuestra difunta Reina; la que había recibido con fruto de sus augustos padres, y de un aya egemplar y virtuosa; y con cuyo celestial riego vegetó y creció la planta hermosa de Portugal. *Nada, eres Isabel, oyó mil veces, si no eres buena: nada eres, Infanta, sin el temor de Dios y sin su gracia.*

No bastan las instrucciones y los preceptos. La mejor educacion y las doctrinas mas sólidas suelen disiparse al soplo pestilente de las pasiones, alagadas por la adulacion, y fomentadas por la lisonja. (1) Es preciso que el Angel tutelar de los tronos impida el hálito venenoso de estas serpientes, y que guie, como al jóven Tobías en su camino, á los que la Providencia dirige de un modo particular por el estrecho y espinoso de la virtud. Son necesarios recuerdos prácticos de nuestra nada, y de la inestabilidad de las cosas terrenas, que hagan palpar su futilidad é insubsistencia, y tales fueron los que el Señor preparó para consolidar la virtud naciente de Isabel, y el conocimiento de la vanidad del siglo.

Una filosofía destructora, y enemiga implacable del trono y del altar, había preparado la revolucion mas san-

(1) *Ep. 1 ad cor. cap. 15, v. 33:*

grienta, que vieron las edades. El abismo abortó para éllo uno de sus acreditados ministros. Un aventurero colocado en el trono de S. Luis, profanado y humedecido aun con la sangre de su Rey legítimo, decreta, desde él, el esterinio de todas las casas reinantes de la Europa. La fuerza, la malicia, y una política maquiabélica le hacen sobregarse por grados de las naciones. Sus tropas sanguinarias se abanzan, y aproximan á Portugal. El solio de esta nacion valerosa tiembla, y va á caer en poder del moderno Atila. Su Reina anciana, y su familia dilatada no hallan medios que oponer á este torrente desolador. Es preciso entregarse á la inconstancia de las olas, dejar la Patria que les vió nacer, separarse de unos vasallos consternados, que lloran mas que su desgracia, la ausencia de sus reyes, y buscan en otros climas la seguridad que el continente no les ofrece.

Ved aquí una leccion que, aunque dura al parecer y terrible, era la mas á propósito para que Isabel radica-se en su alma el conocimiento de la frivolidad é inestabilidad de las cosas humanas, y pusiese todo su corazon y su confianza entera en manos de Dios. Peretrada de esta verdad la tierna niña consuela á sus consternados padres, anima su esperanza, y derramando este bálsamo en los corazones de una corte llorosa y sin amparo, deja su suelo patrio, y vuela á las regiones lejanas del Brasil á esperar en ellas el resultado de la Providencia.

Las márgenes del Janeiro hermosteadas con tan gustos huespedes se envanecen, y dan el parabien de tenerlos consigo. Allí con mas libertad medita Isabel las lecciones que tantas veces había oido en su edad temprana.

na. Allí se imprime mas y mas en su espíritu el desprecio de las obras de los hombres. Allí mira en todas ellas otros tantos resortes de la gran máquina del universo, movidos por la divina Providencia. Allí vé que todo es en el mundo vano, insubistente, deleznable, y que los tronos misinos y los cetros nada son.

¡Cuántos desgraciados testimonios de esta verdad recibe entónces aquella alma sublime y meditadora! Ví, dice el *Eclesiastés*, los siervos sobre caballos, y los príncipes á pie pálidos y desnudos. (1) Ví necios colocados en los mas altos puestos, (2) y abandonado al olvido y á la miseria el sábio pobre, que poco antes había salvado su ciudad. (3) Ví... ¡ ah! María Isabel vió mas aun para su edificación y direccion. Los tronos todos de la Europa envilecidos ó aniquilados: la augusta casa de su padre profanada por un soldado altanero y grosero: el solio de sus abuelos maternos ocupado por un hombre ridículo: el patrimonio de sus excelsos tios devorado en Nápoles por un aventurero atrevido é irreligioso: la sagrada persona del sucesor de S. Pedro puesta entre cadenas, y la Iglesia toda gimiendo el cautiverio de su Pastor: el Soberano de las Españas cerrado en Valencia con sus amados tio y hermano, á discrecion de un déspota: la ilustre sangre del Duque de Enghien vertida por una mano cruel y asesina: los monarcas de Prusia, Rusia y Alemania balanceando, y como fuera de su trono: la Italia, España, Portugal, la Europa toda en combustion, é inundada en rios caudalo-

(1) *Eclesiastés* cap. 10, v. 6 et 7. — (2) *Eclesiastés* cap. 10, v. 6. — (3) *Eclesiastés* cap. 9, v. 15.

sos de sangre patriota: millares de víctimas sacrificadas al bárbaro tirano.... Ved aquí la perspectiva desoladora, y el espejo que la Providencia puso ante los ojos á la Infanta de Portugal, para que aprendiese la interesante leccion del desprecio del mundo, y para que pesase en la balanza de la eternidad los quilates de la virtud santa, por cuyo sendero la conducia á las mansiones celestiales. (1)

Con esta brillante luz vé Isabel las cosas como son en sí, y no como las presenta el falaz prisma del mundo á nuestros ojos débiles. Con esta meditacion sublime se empapa su alma de aquel anonadamiento y profunda humildad que tanto la distinguieron despues y recomendaron. Con esta se acostumbra á mirar los objetos en su verdadero valor, y sin el ideal y fantástico que les da una vanidad fatua y ridícula. Con esta conoce á las criaturas todas cual obra de una mano misma, y sin la diferencia y distincion que la naturaleza desconoce en los hombres. Con esta oye la voz penetradora de la sensibilidad, y aprende á no apartar su oido en lo sucesivo del indigente que implora los auxilios del monarca que le dicta leyes, y cuyo trono ha sostenido tal vez con su valor. Con esta.... Con esta reanima María Isabel el gérmen de la fortaleza y de la constancia, del pudor y candor, de la circunspeccion y reserva, y de todas las demas virtudes que habian de formar en ella la esposa sensible y amante, la madre de familias cuidadosa y activa, la reina edificante y egemplar, y el original vivo de la muger fuerte que el Sábio retrata en sus proverbios. (2)

(1) Ep. 2. ad cor. cap. 12, v. 9. — (2) Prov. cap. último.

(12.)

El afortunado tiempo en que se desarrollen estas virtudes preciosas, y se presente sobre el candelero tan brilladora luz, se acerca y se aproxima. Había pasado el invierno borrascoso de la anarquía y despotismo. (1) Había polulado de nuevo el árbol hermoso de la paz. (2) Las antiguas dinastías ocupaban su lugar primitivo, y el formidable dragón formado por la mano de Dios para burlar su soberbia, (3) y dejarle en proverbio á las generaciones todas, (4) había concluido su carrera como una nave, que hiende las aguas sin dejar vestigio, ni sendero de su tránsito; (5) ó como ave rápida que azota el viento sin marcar el lugar por donde pasa; (6) ó cual saeta veloz que llega al blanco señalado, cerrando antes el camino de su direccion. (7)

El afecto y los intereses de familia, acordes con los de la política y bien del estado, fijan la atención del Soberano de las Españas en la virtuosa y hermosa Infanta de Portugal. El contrato regio se solemniza, y Maria Isabel vuela desde los brazos de unos padres tiernos y cariñosos á los de un esposo Monarca, que va á cifrar en ella sus delicias, y que piensa labrar las de la nación, teniendo sucesores dignos de su grandeza y de su trono. Ya está colocada, y coronada en el de las Españas la augusta esposa de Fernando. Pueblos, fijad vuestra vista en esta nueva Estér, que el cielo os prepara para vuestra felicidad y prosperidad. Corte, no separes tus ojos de esta hermo-

(1) *Cant. cant. cap. 2, v. 12.* — (2) *Idem cap. 2, v. 12.*
(3) *Ps. 103, v. 26.* — (4) *Job. cap. 17, v. 6.* (5) *Sap. cap. 5, v. 10.* (6) *Sap. cap. 5 v. 11.* (7) *Sap. cap. 5, v. 12.*

sa y agraciada Judit, en cuyas manos descubrirás tal vez la cabeza del Olofernes que quiere esclavizarte, y reducirte á servidumbre. Españoles, examinad con atencion á esta valiente Sísara, que va á derrotar el egército formidable del vicio, y hacer cenizas los enemigos todos de la religion y de la virtud.

La conducta constante y sostenida de nuestra jóven Reina realiza felizmente nuestro deseo, y hace que veamos el cumplimiento de tan faustas y lisongeras esperanzas. Un nuevo órden de cosas se presenta en palacio. El original de la muger fuerte, detallada por Salomon, vive en él. (1) Depositaria del corazon de su augusto esposos; (2) nave cargada de riquezas inmensas, (3) vedla entregada á las ocupaciones que forman una esposa, una madre, y un ama de familias vigilante. El sol la encuentra siempre fuera del lecho nupcial, dedicada al trabajo. Nunca ociosa; (4) principia con el dia á invertir el tiempo con edificacion y utilidad. El dibujo, el bordado, la costura, la media, la malla están siempre en sus manos. (5) Cuida por sí misma de aves inocentes, símbolos de su candor y de su pureza. El órden de su familia fija sus atenciones. Vela sobre cada uno de los domésticos; instruye á unos, advierte á otros, y cuando la necesidad lo exige, reprehende como madre sin enfado, sin acrimonia, y llena toda de dulzura. (6) Hija (ved aquí la voz favorita de que se vale siempre la jóven soberana, cuan-

(1) *Prov. cap. 31.* — (2) *Prov. cap. 31., v. 11.*

(3) *Prov. cap. ultimo, v. 14.* — (4) *Prov. cap. 31, v. 27.*

(5) *Prov. cap. último, v. 13.* — (6) *Prov. cap. 31, v. 26.*

do se dirige á alguna de sus asistentas, y trata de enmendarlo ó precaver sus yerros.) *Hija, míralo mejor: lo digo por tu bien: advierte que no te conviene eso; algún día te pesará.* Así gana el corazón de los que la sirven, y ven en tales voces las de una madre tierna, interesada y cariñosa. Con igual método se atrae mas y mas el amor de sus hermanos. Jamás se contempla Reina en su trato con ellos: la etiqueta de palacio queda abolida en esta parte, y la igualdad toma su asiento en medio de esta familia felicísima.

Los atrasos del erario llamaban sobremanera su atención, y para desempeñarle abrazaba con gusto cuantos proyectos se la proponían de economía. ¿Sería esto efecto de un ánimo apocado y negado á la liberalidad y misericordia? ¿Eh! El corazón de la tierna esposa de Fernando supera á su mismo poder y facultades. Aun la corta asignación mensual que para alfileres se había reservado, se depositaba en el seno del indigente. (1) La superfluidad no tiene cabida en el Palacio de Madrid. Esto era poco. La liberalidad en los reyes, bien que su primera virtud, (2) no es en general tan meritoria como en las clases subalternas de la monarquía. La abundancia minora, ó hace desaparecer el sacrificio. Isabel adelanta y abanza mas. Isabel en persona es, señores, el alivio de los necesitados y desamparados. Seguid sus pasos y la vereis con admiración y sorpresa, ya entrando en las escuelas públicas, y fomentando la aplicación é industria de mil modos; ya vi-

(1) *Eclesiastés, cap. 29., v. 15.* — (2) *Chrysost. homilia 4. in ep. ad Phil.*

sitando los pobres enfermos del hospital general; y ya á los niños espósitos, víctimas infelices del desenfreno, ó la miseria de sus padres. Miradla como rodea las cunas, como examina uno por uno aquellos degraciados huerfanitos, como los toma á veces en sus manos, como los muda de pañales, como los envuelve con el mayor cariño, y un interes verdaderamente materno. ¡Qué egemplo en una reina! qué heroismo! No os digan infelices ya: no os llameis, ó niños, hasta aquí del dolor miserables y huérfanos. Teneis madre en María Isabel de Braganza. Si: vosotros fijareis con particularidad sus cuidados: reunirá á vuestro establecimiento para mejorarle la congregación de las hijas de caridad, siervas de los pobres, fundacion del glorioso S. Vicente Paul: á su zelo por la propagacion de este instituto utilísimo á vosotros, y el mas interesante tal vez á la doliente humanidad, se deberá la incorporacion de todas las casas de España, que por motivos particulares se ven separados de él bajo una cabeza sola. Para esto impetrará bula que lo pondrá todo á la primitiva obediencia del General de la Mision, y por dar el último grado de consistencia, se declarará su protectora y admitirá el penoso cargo de superiora general de tan benéfico y caritativo instituto.

Potentados de la tierra, ved aquí el arte feliz que os instruye, y os dice lo que sois. Isabel os enseña á ser verdaderamente grandes, y á que os tenga como tales el mundo mismo, enemigo declarado de vuestras distinciones y prerrogativas. Favorecer al infeliz, no perseguirle; honrarle, no humillarle; enjugar sus lágrimas, no aumentar su desconsuelo; proteger sus derechos, no oprimir su inocencia.

cia ; tal es la ley del honor , el distintivo del caballero , la obligacion del poderoso , el oficio de los cristianos : los timbres de vuestras casas no tienen otro origen. Vuestros padres no los adquirieron de otro modo , ni os lo dejaron en herencia , sino como símbolos de lo que hicieron ellos , y avisos de lo que vosotros debeis hacer. Todo el aparato ostentoso de vuestra autoridad , vuestros trenes brillantes , vuestros criados lucidos , vuestros palacios lujosos y soberbios , solo excitarán , no obrando así , el odio de un pueblo irritado , y las invectivas y maldiciones de la orfandad y viudedad á quien insultais. Un traje sencillo , con que os dejeis ver en los lugares dó gime la humanidad desvalida , la perseguida inocencia , el dolor y la consternacion , mudará la escena toda , y el pueblo os concederá graciosamente las distinciones y escepciones que naturalmente os negó , y que solo de este modo podeis merecer. Isabel de Braganza es mas grande en medio de los pobres sin guardia , sin trén , sin escolta , y como una señora particular , que en el trono mismo rodeada de mil criados engalanados , y de una corte numerosa y brilladora. María Isabel hace mas bienes , y enseña á hacerlos , presentándose en las casas públicas del dolor , que abriendo y derramando los tesoros todos del estado. Ciertos establecimientos de piedad no han menester á veces socorros esternos ; mas siempre tienen necesidad de personas de respeto , que contengan con su ascendiente á los criados altaneros , eviten el fraude de los codiciosos , estimulen á los descuidados , y pongan en accion todos los medios y resortes de que los establecimientos deben valerse para el socorro de la humanidad. Una sola palabra cariñosa , una

mirada consoladora del poderoso dirigida al infeliz, que yace en el lecho del dolor, al inocente que ocupa el lugar del criminal, y al niño desvalido, que no recibió de sus padres mas que la oscuridad de su origen, y un doloroso testimonio de su indiferencia y abandono, atrae sobre todos los desgraciados mil y mil pruebas de sensibilidad y ternura que no recibirían sin este ejemplo. Personas de autoridad y de rango, en medio de los miembros desgraciados del cuerpo de la nación, hacen que los subalternos miren en cada preso un José, en cada enfermo un Lázaro; en cada expósito un Moisés, en cada desconocido un David, en cada peregrino un Tobías, en cada ciego un Zacarías, y en cada afligido y desconsolado un Mardoqueo á quien pueden ver mañana mandando y dictando la ley, revestido de la regia púrpura, y de la investidura del poder y autoridad suprema.

Quien obra como Isabel, con los desgraciados y menesterosos todos; quien como ella trata á criados y domésticos de cualquier órden; quien así prodiga las señales de amor á personas entre quienes la Providencia puso tanta separacion y distincion de la magestad; quien olvidada, si me es lícito decirlo así, que es reina, para ser madre comun, ¿qué hará cuando se trate de cumplir las sagradas y tiernas obligaciones de esposa? María Isabel se presenta el modelo mas cabal y mas perfecto de todas ellas. Vedla constantemente al lado de su esposo, pendiente de su vista, y estudiando siempre en sus ojos los medios de agradarle y complacerle. En palacio, en paseo, en las calles públicas, en los lugares de distraccion y diversion, la Reina parece insensible á todo, y solo atien-

de á el que la naturaleza y religion le dieron por compañero, y dueño absoluto de sus acciones. Una pequeña sonrisa de Fernando excita la de su esposa, y un leve disgusto cubre su semblante de palidéz, y de afliccion su alma. La menor dolencia, la mas ligera incomodidad del Rey alarma y redobra los cuidados y los cariños de su esposa sensible. Por sus propias manos le prepara y da el alimento, le aplica las medicinas, y jamas confia esta operacion ni aun á las personas de su mayor confianza é intimidad. La púrpura de los reyes oculta mil espinas dentro, que les están punzando é incomodando; y Fernando paga el tributo á su cetro y á su corona. En estos momentos de turbacion y de inquietud es cuando María Isabel hace uso de todas las gracias y encantos, con que naturaleza la adornó. A la menor señal de disgusto que advierte en el semblante de su esposo, al mirarle triste ó pensativo aumentaba su ternura, y, *Fernando*, le decia con toda la expresion del amor y sensibilidad, *Fernando*, ¿*qué te aqueja? que tienes? soy yo la causa de tu tristeza? te he dado algun disgusto?* El nublado desaparecia de repente, y la calma y el gozo ocupaban el corazon antes inquieto del Monarca.

Perdona, ó amado Rey, si mi imprudencia llega á tus oidos, y abre de nuevo las llagas de tu comprimido pecho, y de tu alma devorada por el dolor y la amargura. Perdonad vosotros tambien, señores, si este rasgo de sensibilidad hiere la vuestra, como la mia, y arranca alguna lágrima de vuestros ojos. Mudemos de escena ya, y considerémos la cualidad de madre en quien así sabe desempeñar la de esposa, y de humana.

¿Qué ejemplo tan brillante y edificante el de la joven Reina! Estaba reservado á esta renovar los tiempos felices de los patriarcas, y restituir á la humanidad los derechos de que monstruosamente se hallaba despojada. La costumbre, la moda, el vicio y el apoyo lisonjero de profesores contemplativos, habían inutilizado los modelos de la antigüedad, enronquecido la voz imperiosa de la naturaleza, y hecho que se olvidasen las funciones á que ella destina á una verdadera madre de familia. Serlo en la alta gerarquía no tenia otras penalidades ni cargas, que la de dar á luz el fruto de su vientre, y entregarle al momento á manos mercenarias, y al cuidado de personas de diferente rango, educacion y complexion. Esta bárbara costumbre no menos perjudicial á la madre misma, que á los hijos, y cuyos males lloraban á un tiempo la religion y la humanidad, huye del Palacio de Madrid, y el nombre de nodrizas queda sepultado y abolido. María Isabel cual otra Sara (1) cria á sus pechos la infanta que el cielo la concedió, la viste por sí misma, limpia sus inmundicias naturales, la lleva siempre en sus brazos, y donde quiera que el pueblo ve á su Soberana, ve tambien á la madre amorosa y cuidadosa. Como tal, tiene siempre consigo á su hija, abrogando el uso antiguo de Palacio de criar los infantes con separacion, y en diferentes aposentos. *Nadie mejor ayo de sus hijos*, solia decir, *que sus propios padres: los míos no se apartarán jamas de mi lado.*

Estas obligaciones tan fiel y exactamente desempeñadas, no formaban en María Isabel aquel carácter oscuro y

(1) Génesis, cap. 21, v. 7.

sombrio, ni aquella altanería y petulancia, que suelen tener, por vicio opuesto, personas de alta clase, á quienes una humoracion física ó una soberbia oculta han dictado tal vez la singularidad y la escepcion. Siempre por extremos no aciertan á conciliar las obligaciones de esposa con las de madre, y bien se entregan á un adorno lujoso por cumplir las primeras, ó á un desaliño y envilecimiento ageno de su rango para llenar las segundas. Penetrada la augusta esposa de Fernando séptimo de lo que debe á este, de lo que se debe á sí misma, y de lo que debe á su dignidad y carácter, se presenta en todas partes con brillantéz y magnificencia, recordando que si la hermosura y las gracias son vanas en sí, (1) son por el contrario, cuando se dirigen á un fin recto, como las de Estér al presentarse á Asuero, (2) el adorno de la muger fuerte, (3) y de la esposa que debe fijar el amor de su esposo. Guarda la austeridad para lo interior, y se ofrece al público como soberana. La honestidad y el decoro van no obstante siempre en sus vestidos, como la reserva, la circunspeccion y el pudor en sus miradas y en sus acciones. Su continente magestuoso infunde respeto y veneracion en el mas licencioso de la corte, y su modestia y compostura auyentan del palacio el atrevimiento y la osadía. A su presencia todos tienen ó afectan tener amor á la virtud. Todos son humildes, respetuosos, generosos, caritativos, y enemigos declarados del vicio. Podrá muy bien enmascararse este, y presentarse con el ropaje del celo y

(1) Prov. cap. 31, v. 3. — (2) Esth. cap. 5, v. 1.

(3) Prov. cap. 31, v. 25.

(21.)

del mérito. Podrá ponerse en escena la hipocresía, y desempeñar el Neron mas cruel la parte de un Catón moderado. Este un nuevo triunfo que la virtud ha conseguido siempre y que hará eterna la de una jóven hermosa, que ha podido castigar el vicio, obligándole á ser su fiscal y el apologista de la virtud. Esta es la victoria mas gloriosa que honrará la memoria de nuestra augusta y amada Soberana. Los vicios desterrados ó disfrazados prestando homenaje á sus virtudes heroicas y formando el elogio de Isabel de Braganza, no menos que las virtudes mismas que la distinguen. Ved aquí el mayor de todos los pánegíricos que puede hacerse de una belleza de veinte y dos años, y de una Reina poderosa rodeada y festejada de las gracias todas.

No es este sin embargo, señores, el verdadero retrato de Isabel. El pincel de la religion va á concluir la obra bosquejada apenas por el de la virtud, á perfeccionarla y animarla. Niña, como fué de un carácter dócil, obediente y humilde; jóven laboriosa, estudiosa, recatada y doctrinada en la escuela de la verdad; esposa dulce, fiel y amante de su esposo; madre tierna, ama sensible, reina benéfica, humana, caritativa y compasiva; nada tiene Isabel sin embargo, si la religion no consolida sus virtudes y perfecciones. Flores sembradas por Pablo y regadas por Apolo, (1) jamas llegaron á brillar, ni esparcir su aroma y su fragancia sin el riego celestial de la fé. El temperamento, el genio, el carácter, el clima, la necesidad, la vanidad, la hipocresía, y una razon de conveniencia pueden mil ve-

(1) *Ep. ad cor. cop. 3, v. 6.*

(22.)

ces disfrazarse y engalanarse con el traje de la virtud; mas todo ello al fin solo será una flor contrahecha y aparente, que carece de vegetacion y de olor. Sin religion verdadera, habrá virtudes figuradas. Habrá Platones, Cato-
nes, Sócrates, Arístides; no habrá cristianos. Examinémos
pues á María Isabel de Braganza á la luz de la religion.
Toquemos á esta piedra el oro de las virtudes que ha pre-
sentado á nuestros ojos, y veamos si la religion le reprue-
ba ó califica y aumenta sus quilates. El elogio de Isabel
perfeccionado en su religion acendrada será el resultado
de este examen.

SEGUNDA PARTE:

Cuando propongo el elogio de María Isabel en su acen-
drada religion, no entiendo por esta voz ni la religion natu-
ral, ídolo á quien desgraciadamente han afectado la ma-
yor sumision sus enemigos mayores; ni la inventada por
el espíritu de la envidia para robar al Criador el home-
nage, y tributarle á criaturas despreciables y ridículas; ni
tampoco una religion imperfecta de voces, ritos y cere-
monias, dada un tiempo á hombres carnales; y que solo
podia subsistir en el de las tinieblas, y de la oscuridad.
Hablo, sí, de la sagrada y augusta religion del evangelio;
de aquella emanacion suprema, y luz brilladora, con que
Dios se da á conocer, y nos hace sus adoradores, sus
herederos y sus hijos: de aquella virtud primordial, sin

la cual es imposible agradarle, (1) ni merecer su bendición y sus promesas: de aquel sello divino, con que están marcados los predestinados á la gracia: de aquella columna refulgente, (2) que nos ilumina entre las densas tinieblas del pecado, y nos lleva desde el desierto á la tierra feliz de la paz, y de la subsistente y eterna promisión.

Religion sublime y consoladora, tú sola pudiste encender el fuego sagrado de tantas virtudes en la augusta Reina que lloramos. Tú sola pudiste hacerla tan benéfica, tan humilde, tan pura, tan despreciadora del mundo, y tan superior en grandeza verdadera á la efímera en que nació, y la dió la corona y el cetro. Penetrada María Isabel de tus beneficios, y de que su sólida y permanente felicidad es obra tuya exclusivamente, te erige un templo en su corazón, sacrifica ante tus aras día y noche, y sus incienso todos van á parar á tu altar sagrado. El libro eterno, escrito por el dedo de Dios, donde se contienen tus leyes, tus docimas y tus artículos, está siempre en manos de la tierna infanta de Portugal, y jamás se separa de la virtuosa esposa del Monarca español: te estudia en él con humildad: te medita con respeto: habla de tí con un santo entusiasmo y no perdona fatiga para aumentar el número de tus adoradores y discípulos.

¡Qué contraste forma esta conducta con la de tantos hombres altaneros y orgullosos, que creen degradarse en la lección del evangelio, y que posponen la de los apóstoles y profetas á obras fútiles, venenosas y emponzoñadas! Es cosa, señores, no menos estraña que perjudicial á la

(1) *Ep. ad hebr. cap. 11, v. 6.* — (2) *Exodi cap. 13, v. 21.*

religion y al estado este abandono ó este desprecio impio. Si preguntais al conuia de ciertos cristianos, si lo son, responderán tal vez que si. Si les hablais de la significacion de este nombre y de las obligaciones sagradas que incluye, os oiran con disgusto y con nauseas. Y si exigié de ellos que os manifesten lo que aprendieron ó devieron aprender en la materia, se avergonzarían, se irritarían, huirían de vosotros y os miráran sin duda en lo sucesivo como espíritus apocados, nimios, rutineros, y despreciables. De aquí ; cuántos males ! cuántas funestas consecuencias ! ; cuántos errores y perjuicios ! Cañas débiles sin consistencia alguna, vedles doblarse á todo viento de doctrina, (1) y torcer é inclinar el cuerpo al último soplo que dan en sus ojas. El mas leve sofisma los seduce, y cual niños incautos, (2) que ceden un juguete por otro, y se contentan con la última diversion que se les propone, miran con indiferencia su religion, y la entregan sin disgusto al primero que quiere arrancarla y des-cristianizarlos. En medio de una corrupcion general de ideas, que la impiedad ha sacado del pozo del abismo, se hacen partidarios, y apóstoles de la inmortalidad y del error, (3) y abrazan como verdades inconcusas los sueños mas desarreglados y disparatados.

¡ Oh religion cristiana, cuan diversa sería la conducta de tus hijos si ellos te conocieran ! Si supieran tu origen, tu verdad, tus promesas, tus prerrogativas, y tus derechos imprescritibles ! Te verias entonces, como ahora,

(1) *Jude. cap. único. v. 12.* — (2) *Ad Cor. 2. cap. 4. v. 14.*

(3) *Ad Thim. 1. cap. 4. v. 1.*

abandonada, ultrajada y espuesta á las rechiflas y sarcasmos de tanto ignorante presuntuoso y orgulloso? Se verían prostituidos tus altares entónces, burlados tus ministros, abandonados tus templos, ridiculizados tus dogmas y confundidas tus revelaciones y tu historia con las fábulas mas insulsas y despreciables de la Mitología?(1)
 ¡Ay! no: tu serías entónces el digno objeto de nuestro respeto y nuestro amor: nosotros descansaríamos con seguridad en tu seno, y el mas licencioso y vicioso buscaría cerca de tí un lugar oculto, donde llorar sus errores pasados. Tu imperio se extendería á todos los rincones de la tierra. El acefalismo y materialismo desaparecerían. Caería de golpe el ídolo de la impiedad y libertad, y tú tendrías otros tantos adoradores como hombres, tantos hijos como vivientes. El espíritu de vértigo que ha trastornado las cabezas, esas dudas sacrílegas, esos sarcasmos miserables, esas burlas chocantes, esas ironías insulsas, esa petulancia, esa presuncion y ese orgullo, todo huiría á tu vista, y el glorioso estandarte de la cruz sería la divisa única, bajo la cual correrían á alistarse todas las tribus y naciones del mundo.

Religion, hija querida del altísimo, si perseguida de los que no te conocen, ultrajada de los que no saben quien eres, mal recibida de cristianos en la palabra y en el nombre, no hallas asilo seguro donde guarecerse y refugiarte, ven, ven al corazon de María Isabel, donde tendrás un hospedage digno de tí, y una veneracion y un amor cual encontraste otro tiempo en el de las Isa-

(1) *Ad Thim. 2. cap. 4. v. 4.*
 D.

beles católicas de España, y en el de las Isabeles santas de Portugal.

No es, señores, este un arrebató de mi espíritu. La verdad santa ha arrancado este apóstrofe de mi boca. María Isabel admira á los que la tratan con sus conocimientos profundos en materias de religion. María Isabel, superior á las imputaciones pueriles de un siglo superficial, se gloria de hablar de la cruz, (1) de tratar de las verdades mas austeras del Evangelio, de anonadarse ante el trono del Omnipotente, y de confesar á voces que solo á él se debe el imperio, el honor y la gloria. (2)

Su conducta es conforme en todo á su fé: sus obras publican su creencia, y los dogmas y los preceptos van siempre en ella hermanados y unidos. Nada de vanas observaciones: nada de devociones supersticiosas é inútiles. Las obras de Isabel son tan sólidas, como su doctrina; tan arregladas é ilustradas, como su religion. Deja la cama apenas, y ya la vereis cual otra Judith, cerrada en el mas oculto aposento de palacio, (3) postrada á los pies del Rey de los reyes, implorando sus gracias para sí, para su esposo y familia real, y para todos sus vasallos y sus súbditos. Allí paga el justo tributo del reconocimiento y del amor. (4) Allí purifica mas y mas sus menores faltas, (5) con las lágrimas abundantes que despiden. Allí renueva los votos solemnes de su bautismo, y allí recibe finalmente aquellas gracias y carismas que el

(1) *Eclesiast. cap. 39, v. 11.* — (2) *Ep. ad Rom. cap. ult. v. ult.* — (3) *Judith, cap. 8, v. 5.* — (4) *Eclesiast. cap. 39, v. 6 et 9.* — (5) *Eclesiast. cap. 39, v. 7.*

Señor otorga á la oracion humilde, constante y fervorosa.

El ejemplo es el mas poderoso influjo para obrar bien: María Isabel le busca en el de los Santos y amigos privilegiados de Dios. Lee al efecto diariamente la vida del que celebra la Iglesia. La lee con pausa, con meditacion, con veneracion y con vivos deseos de apropiarse las virtudes todas que le distinguen. Tal vez al considerar alguna de las concedidas á pocos, ó elevadas á un grado de superioridad y heroismo, que el Señor distribuye con economia en los mayores justos, interrumpe la lectura, llora y siente en la amargura de su corazon, verse sin aquellos grados de perfeccion cristiana, con que una gracia singular favoreció á los modelos mas acabados de la virtud.

A la lectura de la vida del Santo sucede la de uno de muchos libros espirituales y ascéticos que componen la principal coleccion de los suyos, con esta se fortalece en la fé: se inflama en el cumplimiento de sus obligaciones: arde su corazon, y la presencia de la eternidad está despues el dia todo ante sus ojos.

Si registráis los adornos voluntarios, y escogidos por la mano de María Isabel, puestos en su gabinete, vereis, entre otros objetos de su particular devocion, la sagrada imágen de Jesus Nazareno, colocada sobre el reclinatorio, la de María santísima de los Dolores, San Rafael, y San Francisco de Paula, las cuales hizo bendigese un Prelado para excitar mas y mas su fervor, y devocion á ellas. No podía ignorar quien estaba tan instruida en la Religion, los beneficios y las gracias que el Señor, mas que en otra parte, prodiga á sus escogidos en el augusto saeri-

ficio de la misa. Asistía en consecuencia todos los días con una modestia edificante á la que se celebraba en su oratorio ó en el del Rey, sin dispensarse de esta provechosa ocupacion (aun estando enferma) como tampoco de la de rezar todas las noches en compañía de su esposo y la de sus criados y sirvientes el santo rosario. Esto era poco aun, para quien todo parecia poco en el servicio de Dios. La costumbre, si lo es, tan universal y desgraciadamente observada del pueblo, de contentarse con una misa rezada en los días festivos, dicha no pocas veces en confusion, y muchas oida con disipacion y con escándalo, no podía tener lugar en María Isabel que conocia á fondo el espíritu uniforme de la Iglesia y de su disciplina en los puntos esenciales y cardinales. La Real Capilla la veía siempre como su mejor adorno en los días consagrados al Señor, y la misa mayor jamas se solemnizó sin su asistencia. ¡Qué ejemplo! ¡qué edificacion! ¡qué leccion para aquellas personas, respecto á quienes la santificacion de la fiestas ha venido á ser un nuevo estímulo á la frivolidad, á la liviandad y á la molicie!

La Reina llevaba por donde quiera sus virtudes, y apenas emprendia obra alguna que no estuviese marcada con el sello de una religiosidad acrisolada y egemplar. Hermana mayor de las principales cofradías y hermandades de Madrid, no limitaba sus oficios á honrar la lista con su augusto nombre y con los asignados de costumbre. Era el alma de todas ellas, y se hacía un deber particular de su propagacion, de sus solemnidades, y de que se rindiese el culto con toda la magnificencia y grandeza debidas, y correspondientes al supremo Ser.

Este espíritu de devoción que la distinguía y animaba siempre, se inflama de un modo extraordinario en las necesidades y en los peligros. Próximo el de su segundo parto visitó, como lo había practicado en el primero, nueve iglesias de la corte, dedicadas á María Santísima, en otros tantos dias consecutivos, para implorar allí la mediación poderosa de la Madre de Dios, sus misericordias y sus gracias.

Tales actos externos de devoción y religion eran muy análogos á la conciencia timorata y arreglada de una Reina cristiana, que en las festividades todas del año espiaba sus faltas con el sacramento de la Penitencia, y que jamas dejó correr un mes, aun sin este motivo, en que no las llorase á los pies del sacerdote y las confesase con amargura. El pan de los ángeles era su alimento, y estos debieron mirarla con asombro al contemplar el fervor y humildad con que se acercaba á la sagrada mesa. Es costumbre antigua de Palacio poner una almohada, para que al comulgar se arrodillen las personas reales. María Isabel jamas usó de esta distincion. Apartaba con su pie el almohadon preparado, y postrada en el duro suelo recibía la sagrada Eucaristía con aquella sumision y humildad de alma, que la actitud edificante de su cuerpo manifestaba á las claras. *Jamas tendria valor, solia decir, para acercarme á la sagrada mesa sin confesarme antes, aun cuando mi conciencia no me arguyese de culpa grave.* Almas tibias que por costumbre ó instituto vais con frecuencia al convite celestial, gravad en vuestro corazon estas palabras edificantes de una jóven bella y de una Reina poderosa, rodeada de los alicientes

todos de la molicié y del deleite.

Tiene cada estado sus virtudes propias y peculiares, y en todos hay un carácter privativo de singularidad y de distincion que las marca. Basta que el Cenovita dirija al Señor sus súplicas y oraciones en el retiro de una celda, sin testigos ni compañeros del fervor con que lo hace. Basta que en los desiertos áridos de la Tebaida ó del Egipto medite el Anacoreta los años eternos, (1) y pueble el aire con los gemidos de la compuncion y del dolor. Las personas públicas deben á mas edificar, y presentar sus buenas obras á la faz del mundo para que las admire y glorifique al Padre de ellas, (2) participando así del rocío benéfico de sus gracias. La conducta de la esposa de Fernando era conforme á esta regla y á este principio. Rendía á Dios en su retrete y en el de su corazon el homenaje que se le debe, y se ofrecia ben seguida como espectáculo á la publicidad para llenar los deberes de Reina religiosa, y pagar como tal el tributo y vasallage al dueño absoluto de los tronos. Ved un rasgo de esta conducta edificante y sabia, que jamas deberá borrarse de los anales de la historia española. Persuadido un sujeto de la oscuridad de palacio podía dañar á la salud de la Reina en su abanzada preñez el que asistiese en la noche de Natividad á los maitines y misa, como pensaba hacer, é hizo en efecto, no vayais, Señora, la dijo; Dios ve vuestro corazon, y vuestros deseos; Sí, le contestó, Dios lo ve; pero el público no lo vé. *Et nunc Reges in-*

(1) Ps. 76, v. 6. — (2) Math. cap. 5, v. 16.

(31.)

solligite, erudimini qui judicatis terram. (1) Reyes y Potentados que presidis y juzgais al mundo, recibid en esta repuesta enérgica y llena de sabiduría, el epílogo y compendio de vuestros deberes y de vuestras obligaciones. Dad á Dios lo que es de Dios, (2) como hombres cristianos en secreto; y dadle como ministros públicos y depositarios de su poder, el público testimonio de vuestro vasallage, de vuestra dependencia y de vuestra sumision.

Hay en todas las acciones del hombre sus inconvenientes y sus escollos, y hasta en las virtudes mismas no falta el peligro. Puede introducirse sutilmente en ellas el espíritu maligno de la presuncion y del amor propio. Puede corromperse la mejor masa con esta levadura agria y desabrida. (3) Para evitarlo es preciso conservar en la mayor pureza la intencion, y obrando bien á la faz del mundo, hacerlo solo por edificar y agradar á Dios. Si la lei dispensa las acciones públicas, y permite echar sobre ellas el velo de la obscuridad, al paso que el peligro desaparece, puede crecer tambien sin duda el mérito de obras practicadas sin la presencia de testigos observadores. Ved como hace María Isabel conciliable esta doble obligacion, y como sabe cerrar la puerta á la jactancia, y á la hinchazon venenosa de la carne. Era una de las devociones particulares que tenia, confesar y comulgar trece viernes seguidos, como preparacion las mas útil para sus partos. Lo hizo en efecto en la Iglesia de S. Francisco de

(1) Ps. 2, v. 10. — (2) Math. cap. 22, v. 21. — (3) Ep. ad cor. cap. 5, v. 6.

Paula; mas observad en el modo cual huye de publicarlo, y quiere dar á Dios en secreto su fervoroso corazón. Acompañada solamente del Rey, sin escolta, y en una berlina cualquiera, salía al amanecer para el templo, y por ocultar á sus criados mismos el empleo de este tiempo precioso, no permitía se adornase el oratorio, segun costumbre para las comuniones, sino otro lugar que S. M. preparaba por sus manos dentro de su real cámara. Aquí veis, señores, á la cristiana humilde que busca á Dios en el retiro, como habeis visto tambien á la Reina católica, que hace alarde de serlo, y de portarse como tal á los ojos admiradores de la multitud.

Sábía en todo, y en todo religiosa, jamas aplicaba Isabel oficiosamente su mano á las riendas del gobierno, puestas en las de su esposo el Rey por la providencia del Señor. La provisión de los empleos, el despacho de las materias de estado, los planes difíciles de la política, las relaciones arduas de la diplomacia, á todo era estrañia y peregrina Isabel de Braganza. Mas se trataba de impedir un mal oculto, de que por medios confidenciales era sabedora; se trataba de la seguridad de un vasallo ó de un establecimiento, minado por la perfidia ó por el fraude; se trataba de una orden necesaria al bien de la nación ó de la Iglesia; ved ya á la Reina conducida de su celo, y guiada, como por la mano, de su religion, que se presenta á su esposo, le revela el secreto y le inspira los medios de evitar el mal ó de obrar el bien. Consagra á Dios, como otra Judith, sus dias en lo oculto de su

retrete; (1) mas sale de él llena de espíritu y de fortaleza, cuando un nuevo Olofernes amenaza los muros de la Betulia Española. Prescinde del mundo y olvida su ascendiente é influjo con su esposo el Rey, viviendo en el seno de la paz y en el desempeño de las obligaciones domésticas de una madre; pero si la salud del pueblo y la conservacion de su religion la precisan, es otra Esther que pide, (2) y usa para triunfar de todas las gracias que el Señor la dió á los ojos de su Monarca. Así se hermanan en Isabel los deberes de muger y de reina, de madre y de soberana, de cristiana celoza y de esposa coronada de Fernando Séptimo.

Parace que la Providencia divina había marcado en el corazon de Isabel de Braganza la corta esfera de sus dias y el reducido término de su peregrinacion. Jamas olvidan las almas justas, que el don de la perseverancia final no es debido á méritos precedentes, (3) que es una nueva gracia y una nueva limosna que el Señor concede á las plegarias de los humildes y pobres de espíritu: que nadie sabe si es digno de amor ó de odio; (4) y que se debe obrar siempre en consecuencia con temor y temblor: (5) que las plantas que siembra Pablo y riega Apolo no llegarán á tener un fruto sazonado, si no las vigoriza y da el incremento la mano benéfica del conservador supremo. (6) Empapada la Reina en tan saludables

(1) *Juditb. cap. 8, v. 5.* — (2) *Esther. cap. 5, v. 7, et 8.*

(3) *Trid. Sess. 6, can. 22.* — (4) *Eclesiastés cap. 5, v. 1.*

(5) *Ep. ad Philip. cap. 2. v. 12.* — (6) *Ad Cor. cap. 3, v. 6.*

principios, y llena siempre de un temor filial y respetuoso, redobla su fervor en los momentos en que va á ser llamada del esposo eterno, y añade el saludable aceite de la vigilancia y de la devocion á la lámpara de su conciencia. (1)

Pudiera, señores, sin violentar el orden comun y la economía de la gracia divina, ofrecer á vuestros ojos, como una señal especialísima de predestinacion y eleccion, el último paso que dió nuestra soberana en el camino de la virtud. Pudiera deciros sin temeridad, que el Señor que trataba de terminar los momentos de su cautiverio, le habia manifestado la hermosura de Sion, y la proximidad en que se veía de entrar en ella con triunfo y con gloria. La conducta de María Isabel autorizaría mi anuncio, y vosotros no me culparíais de demasiado crédulo ni visionario. La escena fatal para nosotros de su tránsito, fué el aciago dia veinte y seis de diciembre, y en el anterior ¡oh Dios del amor y de la clemencia! en el anterior se purifica con la confesion sacramental, con la asistencia á la misa solemne de Nacimiento del Salvador del mundo, y á tres rezadas en su oratorio, y con el pan de vida que recibe en una de ellas, llena de su espíritu y de su gracia: almas piadosas, á vosotras reservo, y á vosotras corresponde graduar mi conjetura. Si el haber practicado Isabel iguales actos, y preparádose con una confesion general para su parto primero, puede disminuir ó debe mas bien corroborar la fuerza de mi presentimiento, juzgado vosotras. Yo me contentaré con decir por ahora,

que, si los frutos dan á conocer los árboles, que los producen, (1) la muerte de Isabel de Braganza, aun en las circunstancias que parecen funestas y aciagas, es la muerte preciosa de los amigos de Dios; (2) Un examen ligero y superficial la llamará tal vez imprevista; mas la sólida y verdadera Teología no dará este nombre á la de una Reina que dia y noche repasó los años eternos; (3) á la de una cristiana que miró siempre el mundo como un lugar de tránsito, y un desierto espantoso que conduce á la tierra de promision; á la de una muger fuerte, que economizó y reservó sus risas para el último dia; (4) á la de una persona virtuosa, y religiosa que siempre tuvo ante los ojos, y que jamas olvidó ni apartó de su memoria que había de morir. (5) Nada importa á esta el momento en que la efímera flor de la vida ha de ser cortada. (6) *Cupio dissolvi*, dice á cada instante con el Apóstol, (7) yo deseo mi disolucion, y me interesa poco el como ni donde he de concluir la carrera que principié. *Mori lucrum*, (8) el morir es un bien, es una ganancia para el género humano. Corte el Señor el débil estambre de mis dias. (9) Deságase esta tela sutil de araña, (10) que no puede sufrir el peso del mas leve insecto. Huyan de mis ojos esos fantasmas aereos y esas vanas sombras.

(1) *Math. cap. 7, v. 16.* — (2) *Ps. 115, v. 15.* — (3) *Ps. 76, v. 6.* — (4) *Prov. cap. 31, v. 25.* — (5) *Ecclesiast. cap. 7, v. 40.* — (6) *Job. cap. 14, v. 2.* — (7) *Ad Philip. cap. 1, v. 23.* — (8) *Ad Philip. cap. 1, v. 21.* — (9) *Job. cap. 7, v. 6.* — (10) *Job. cap. 8, v. 14.*

(36.)

con que el mundo alucina á la carne. (1) La magia encantadora de sus grandezas, de sus dignidades, de su fausto y de su ostentacion han desaparecido á la voz imperiosa de la eternidad. Mundo, valle dilatado de lágrimas, lugar funesto de desterrados y espatriados, cementerio lúgubre y lleno de sepulcros y fosas, reino del desorden y confusion; (2) asilo de la iniquidad y del crimen, terreno fecundo en vicios y estéril en virtudes, tribunal inicuo, donde preside la soberbia, la envidia, la avaricia, la lujuria, la gula y la venganza; cádalso en fin enlutado y ensangrentado, en que se sacrifican diariamente probidad, honor, mérito, inocencia y justicia, ¿que pierdo yo con perderte?; He! no: yo no puedo ser dichosa en esta region de tinieblas, de tribulacion y de amargura. (3) Ya veo que si en ella hay algun momento de felicidad es sin duda aquel, en que va á dejarse, y en que consigne el hombre abandonarla para siempre. No naciste, Maria Isabel, para reinar en el mundo; nacistes para reinar en la eternidad y en el cielo. No naciste para estar en la posada, olvidada de tu viage; naciste solo para andar y llegar á tu dichosa y amada patria.

Asi hablan en la dulce paz de su corazon las almas religiosas al divisar la barrera que divide la eternidad del tiempo. Asi hablan cuando lo corruptible va á vestir lo incorruptible. (4) Y cuando en lugar de una felicidad soñada, se acercan á disfrutar por siglos de siglos de la ver-

(1) *Ad Cor. cap. 7, v. 31.* — (2) *Job. cap. 9, v. 24.*

(3) *Ps. 119, v. 5.* — (4) *Ad Cor. 1. cap. 15, v. 42 et 53.*

dadera, sólida y permanente felicidad.

María Isabel, ¿no fué este el lenguaje continuo, con que edificaste tantas veces en vida? No fue así como discurrías de tu origen, de tu grandeza; y como presentabas en su verdadero punto de vista y regulabas en el peso de la eternidad la nada de sus ascendientes, de tu casa regia, de tu cetro y de tu corona? Y podría ser tu idioma otro en el borde del sepulcro y entre los denegridos brazos de la muerte? La enfermedad pudo privarnos de oírlo así de aquella preciosa boca, que tantas veces había articulado estas sentencias saludables y evangélicas. Pudo cerrar tus labios, llenos de gracia, de unción y de espresion; (1) pero tu alma que no estaba sujeta al imperio de los accidentes y de los males, tú bella alma se daría sin duda el parabien de verse ya cerca del triunfo apetecido y del lugar de las delicias y de los gozos sempiternos. Sí, amada Soberana mía; me parece que en el terrible momento para el vicio, y deseado y feliz para la virtud; te oígo esclamar con S. Pablo, llena de confianza en el Señor, *cursum consumavi fidem servavi; in reliquo reposita et mihi corona justitie.* (2) Concluí mi carrera: guardé mi religion y mi fé: vuelo á los brazos de mi esposo celestial á recibir, en lugar de la insubsistente corona que dejó, la eterna de justicia que me está preparada. A Dios, mundo á Dios, monarquía: á Dios, mis amados vasallos: á Dios, Fernando mio: á Dios, hermanos queridos: á Dios, no lloreis: soi feliz, voy

(1) *Cant. Cant. cap. 4, v. 11.* — (2) *Ad Timoth. 2, cap. 4, v. 7, et 8.*

á prepararos el camino: voy á pedir por vosotros al Señor de las misericordias. Amad la virtud; vivid en la religion de vuestros padres. Allá os espero.

Si los motivos de esta creencia, apoyados en las obras heroicas y acendrada religion de la augusta María Isabel, no satisfacen á genios descontentadizos que desconocen el ministerio del panegirista de la virtud, y que confundiendo la piedad con la geometría, exigen pruebas demostrativas en todo, he aqui mi respuesta: (1) no son, por que no pueden ser de este orden las que presento al pueblo religioso. Mi discurso va encaminado y dedicado á almas dóciles, que distinguiendo lo cierto de lo probable, lo verosímil de lo dogmático, y el juicio falible del hombre, de los decretos inescrutables é incomprensibles de Dios, buscan el elogio de los muertos en la virtud de los vivos, y se complacen por las buenas obras que estos practicaron de anunciar piadosamente el fin dicho que debieron tener.

Yo te considero con razon en este número, ó ilustre y Real Sociedad. Encargándome tú el elogio fúnebre de Isabel de Braganza, no exijas sin duda decisiones infalibles, inspiraciones, ni revelaciones sobre la materia. Deseabas y reclamabas el panegírico de una Reina, que había hecho tus delicias, y á quien te unía el vínculo sagrado de la gratitud, de la fidelidad, del amor y respeto. Ahí le teneis, señores. Sus obras le han formado: sus virtudes le han acabado: su religion le ha perfeccionado. *Date ei de fructu manum suarum*: dad á Isabel

(1) *Ad Cor. 1. cap. 9. v. 3.*

lo que debeis: *laudent eam in portis opera ejus* (1) La alabanza y el elogio le corresponde de justicia.

¿ Le corresponde en efecto, ó ilustrado y celoso Director de María Isabel ? Sábio Mentór de la mejor de las Reinas, Ozias que corroboras las santas resoluciones de esta nueva Judith, celoso Mardoqueo que diriges los pasos y las gracias de la Esther española, Ilustrísimo y dignísimo Prelado, justo é irreprehensible Allue, ¿ le corresponde ? ¡ Ah ! si las copiosas lágrimas que la muerte de tu hija espiritual te ha arrancado, se han mitigado ya, ó renovadas, como crees, al ver mi oracion, no te impiden examinarla y analizarla, yo se que nada hallarás en ella que no me hayas dictado é inspirado tú mismo. A pesar de lo tosco del pincel, de lo basto de los colores y de lo mal acabado de los perfiles, tú conocerás al golpe en mi retrato el original verdadero de María Isabel de Braganza. Ella es, esclamarás ella es. Estas son sus facciones: esta es su figura: esta es su gracia: esta su espresion: estas sus virtudes heroicas: esta la acendrada y pura religion que la distinguía. ¿ Y como podrías desconocer la obra de tus manos, ni el eco pasivo de tu voz armoniosa ? Nada hay, dices al terminar los apuntes que he debido á tu amistad y celo, sobre la materia, nada hay de exagerado en lo que escribo, y puedo decir con S. Pablo: *Deus escit quia non mentior*. (2) Pues bien ; las palabras y obras virtuosas de Isabel que yo he presentado son las mismas. Tuyo son los

(1) *Prob. cap. 31. v. 31.* = (2) *Ad Cor. 2, cap. 11, v. 31.*

materiales del edificio, y solo hallarás mió el desaliño de la composicion, la poca pureza del lenguaje, y la flojedad y falta de energía de las espresiones. Orador lánguido, tibio, sin salud, y sin uncion alguna ¡ay de mí! yo no debía ser el panegirista de la amable esposa de Fernando Séptimo. Tú solo debias serlo y elevar tu voz en esta ocasion. Tú solo debias formar el vistoso ramillete de sus rosas y de su flores. Tú, que tantas veces la viste postrada á tus pies, penetrada del mas acerbo dolor y de la mas patética y religiosa consternacion por sus faltas: tú, que contuviste tantas veces su ardoroso celo, y pusiste límites á sus deseos penitentes y heroicos: tú, que penetraste los mas ocultos arcanos de su corazon, y admiraste las gracias y carismas con que la llenó la mano misericordiosa de Dios: tú que... ¡Ay! á tí es dado únicamente formar el elogio perfecto, y el acabado retrato de tan virtuosa y religiosa Reina. Yo apelo pues á la profundidad de tus luces, á tu magisterio en el arte de decir, y mas que todo á la rectitud y justicia de tu carácter.

Si aun deseais, señores, otros apoyos, si quereis nuevos testimonios de la verdad, no os presentaré como tales los que he recibido por mil conductos fidedignos, y que mas y mas confirman los del sábio director de María Isabel de Braganza. Vedles positivos y prácticos en el desconsuelo y abatiniento de nuestro Soberano; en las lágrimas nunca interrumpidas de la real familia: en los ayes lastimosos y profundos suspiros de la Serenísima Infanta su hermana; en el silencio mustio y melancólico de los individuos todos de palacio; en el luto volunta-

rio de la corte y de la nación, símbolo del de sus almas; en el de mil infelices huérfanos, que lloran la pérdida de una madre tierna; y en el de tanto miserable encarcelado y enfermo, que invocan á voces el nombre de Isabel, y los auxilios de su benéfica protectora. Vedles en el desconsuelo de Portugal, en los sellos de la capital de Lusitania, y en la consternacion y amargura de la augusta casa de Braganza. No: lágrimas de este orden jamas [se] tributaron al vicio. ¿Quereis mas aun? Vedlo en el enmudecimiento respetuoso de los enemigos mismos de la monarquía, y en el silencio profundo que la virtud santa ha impuesto á la calumnia y á la detraction. Si, señores; el diente afilado de este monstruo que á nadie perdona, y que se clava con mayor avilantéz en el solio de sus reyes, no ha podido cebarse en la conducta irreprehensible de nuestra soberana augusta. Sus labios emvenenados la han respetado, y puede decirse con verdad ahora lo que forma el elogio de una Judith, que siendo jóven, hermosa y opulenta, *non erat qui loqueretur de illa verbum malum*: (1) no existía en Betulia quien la censurase, ni se atreviese á hablar mal de ella. Aun esto es poco, señores; admiraos. El elogio de María Isabel, como el de la sabiduría, está en la boca de la perdicion y de la muerte. Sí: la perdicion y la muerte dijeron: nosotras hemos cido con nuestros oidos mismos su fama: *perditio, et mors dixerunt auribus nostris audivimus famam ejus*. (2)

Si, Dios del poder y de la magestad: la perdicion

(1) *Judith* cap. 8, v. 8. — (2) *Job*. cap. 28, v. 22.
F.

y la muerte son los panegiristas de María Isabel de Braganza, y tú la colocastes sin duda por un momento en el poder de la muerte para librarla del de la perdicion. Permitiste que la muerte denegrida la despojase de su gloria terrena, (1) y arrancase de su cabeza una corona de oro, para adornarla con otra de inmortalidad y eternidad. (2) La trasladaste del lado de los pecadores al de los justos que te bendicen. (3) La arrebataste cuanto antes de este valle de lágrimas, por que la malicia no alterase su entendimiento, ni la ficcion engañase su alma. (4) Era á tus ojos agradable la de la virtuosa Isabel, y te apresuraste á sacarla del medio de la iniquidad. (5)

Si así es, ¡ó Dios de la misericordia y del amor! nosotros nos humillamos ante tu trono, te alabamos y bendecimos. Nuestro llanto cesará, y nuestro dolor se convertirá en placer y en júbilo. Mas si en tus decretos eternos no está aun fijada la paz de nuestra difunta y amable Reina, y dura el tiempo de su espacion y purificacion, acorta el plazo, ó Dios de clemencia y misericordia. Rocíala con la preciosa sangre de tu hijo derramada en la Cruz, y que acaba de ofrecérsese por su descanso eterno en nuestros altares.

Sociedad Real, redobla tus plegarias ahora. Antequera, ruega mas y mas por tu Soberana. Pueblos de la Monarquía, pedid por Isabel. Huérfanos, orad por vuestra madre. Viudas, clamad por vuestra amiga. Sacerdotes

(1) *Job. cap. 19, v. 9.* — (2) *Ad Cor. 1. cap. 9, v. 25.*

(3) *Sap. cap. 4, v. 10.* — (4) *Sap. cap. 4, v. 11.*

(5) *Sap. cap. 4, v. 14.*

(43.)

del Altísimo, no olvideis en el sacrificio augusto á la mejor de las reinas, y á la que tanto honró vuestro sagrado ministerio. Oye, Dios benéfico, nuestros clamores. *Luz perpetua luceat ei*: alúmbrela, Señor, tu inextinguible luz, y por los siglos de los siglos *requiescat in pace*. Amen.